

triumfos del ejército inglés con entusiasmo por considerarse el triunfo como del ejército americano, pues además la conquista del Canadá venía á favorecer á Nueva-York y Massachussets, bajo el punto de vista de su extensión territorial, así, la conclusión y feliz término de la guerra causó general y completa alegría. Los americanos se conocieron puede decirse por primera vez como nación en Albania, y aunque no llegara á fundarse el acuerdo de las colonias ni se estableciera la confederación de las mismas, según el proyecto de Franklin, bastaba y sobraba con que hubiesen hecho necesario el abocamiento de los representantes de las colonias reunidas en Albania para librarse por sí mismas de los peligros que todas corrían para despertar la idea de su unión y de las grandes ventajas que de ella sacarían, y la de la debilidad de la madre patria en tan apartadas regiones.

Así ya en aquellos tiempos se hizo general la creencia de que la guerra del Canadá había de costarle cara á Inglaterra. Montcalm y el diplomático conde de Vergennes preveían próximo el momento en que las colonias no necesitado de la protección de Inglaterra se declararían independientes.

Pero si el triunfo ensoberbeció á los americanos, produjo el mismo efecto en los ingleses, quienes se consideraron más sólidamente establecidos en América que nunca, libres de la vecindad de los franceses, y obrando en consecuencia, en vez de recompensar á las colonias por los grandes sacrificios que hicieron en hombres y dinero, pues sólo Massachussets suministró 20,000 hombres de milicias, y Virginia dió un regimiento del que nombró coronel á Washington y 40,000 libras, y análogos sacrificios hicieron las demás colonias, pretendió someter más estrechamente que nunca á las colonias al cumplimiento de las despóticas leyes bajo cuyo imperio estaban sometidas.

En 1760 estalló el conflicto que ensangrentó las calles de Boston por querer el gobernador emplear todo el rigor contra los comerciantes que hacían el comercio con otros países que no fuera Inglaterra, á lo que venían obligados por la estúpida acta de navegación, y como esto sobre causar gran perjuicio á las colonias era sumamente vejatorio y atentaba á la dignidad de los americanos, hubo varias contiendas; los tribunales tuvieron que intervenir; y en las sesiones se pronunciaron calurosas arengas que hicieron célebre á Otis, abogado de Boston, quien como dice Adams, pronosticó acontecimientos futuros, siendo el resultado de todo este movimiento político, como dice el mismo eminente republicano que acabamos de citar, el que desde aquel momento «comenzaran

á germinar las ideas patrióticas, pues de este primer acto de resistencia nació la idea de la independencia, que quince años más tarde había de declararse por unanimidad.»

La desatentada conducta de Inglaterra para con sus colonias había de producir más presto ó más tarde un conflicto serio, y sin la ley del sello y la del té, es indudable que otros motivos se hubieran dado ó se hubieran inventado para llegar á un pronto rompimiento. Los americanos cuando precisamente se hicieron más dignos de las mayores atenciones de la madre patria, fué cuando mayores vejámenes é imposiciones tuvieron que sufrir; no les quedaba por tanto esperanza alguna de mejorar su situación política ni la de sacudir el yugo del ejército permanente de 10,000 hombres que les impuso Inglaterra, y que debían mantener á causa de la actitud revoltosa de la Virginia; era necesario sucumbir á todas las exigencias de la Gran Bretaña, ó sacudir para siempre su autoridad. Se hizo tan general esta creencia y adquirió tanto cuerpo en todas las clases sociales, que esto sólo explica la unanimidad de las colonias en declarar su independencia.

No llegaron, pues, los aristocráticos hijos de Virginia, ni los de las Carolinas, á desear su rompimiento por motivo alguno político, á lo que en parte obedecían los hijos de Nueva Inglaterra empujados por Franklin, Ortis, Paine y otros, los colonos ó burgueses que sostuvieron antes la autoridad de los gobernadores contra el partido democrático, se unían á éste al verse como ellos mismos sometidos al régimen despótico nabares americanos, fué la necesidad y no la voluntad la que decidió á los realistas á secundar la rebelión de Boston, y la necesidad también les llevó al campo republicano á pesar de todas sus tradiciones, hábitos y costumbres.

La organización republicana del Norte América se imponía naturalmente en cuanto estallase la lucha, pues si era posible una concordia ó inteligencia entre trece colonias regidas por sus juntas ó asambleas, que ya venían siendo la única autoridad legítima y ejecutiva dentro de sus respectivos Estados, no había de ser tan fácil ni asequible una común inteligencia, si para ello era necesario declarar la monarquía en cada una de las trece colonias, nombrar los trece reyes y establecer entre ellos una concordia ó alianza. Tan absurdo pareció esto que ni siquiera se habló de este asunto, y es de creer que la tentativa de hacer rey á Washington no pasó de un rapto de mal humor de algunos jefes del ejército, despechados por el abandono y miseria en que les tenía la confederación. Los temores y miedo que más tarde los

antifederalistas conducidos por Jefferson manifestaron, fué una arma de partido baja y ruin para desacreditar á los federalistas é indisponerlos con el favor popular, cuya burda y deleznable trama no supieron desgraciadamente para América desbaratar los verdaderos padres de la idea americana. Nosotros nos explicamos perfectamente que al verse acusados de realismo y de querer establecer la monarquía hombres como Washington y Hamilton, se contentaran con levantar los hombros; hay acusaciones á las que los hombres de honor no pueden responder sin sentirse heridos en su dignidad.

Los virginianos, republicanos por necesidad, por lo mismo que era necesaria la unión é inteligencia de todas las colonias para resistir con esperanzas de éxito el poder de la Gran Bretaña, pues no podían abrigar tampoco la idea de fundar con las Carolinas y el Maryland en el Sud, una monarquía, con oposición á la República de la Nueva Inglaterra, tenían á su frente hombres de gran mérito y talento á quienes la convicción y el estudio había desarrollado la conveniencia de una organización democrática para América. Ni un solo momento vieron vacilar la fe republicana de Washington. Maddison, ardiente federalista primero, antifederalista por influencia de Jefferson después, y otra vez federalista, excusó sus vacilaciones con haber creído de buena fe lo que le decía Jefferson de que los federalistas deseaban establecer una monarquía á la inglesa. Jefferson enemigo de los federalistas por demasiado unitario y centralista, y partidario de la casi absoluta autonomía de los Estados, de buena ó de mala fe se exaltaba ante la imaginaria idea de que hubiera una conspiración monárquica. Patricio Henry, el elocuente orador que se había ensayado luchando contra el despotismo de los gobernadores, el patriota que recordó á la Cámara de burgueses de Williamsburg que si César tuvo un Bruto, y Carlos I, un Cromwell, Jorge III, estaba en el caso de recordar estos ejemplos «y que cuando de traidor se le calificaba por alguno de sus colegas con motivo de usar este lenguaje, les contestaba desdeñosamente: «que si aquello era ser traidor que lo tomaran como mejor les pareciera.» Henry que así en Williamsburg como en Filadelfia fué el primero en abordar las cuestiones de frente; Henry que se retiró de la convención constitucional por creer que se estralimitaba y que se negó á suscribir la Constitución é hizo más; la combatió rudamente en la asamblea de Virginia y que poco antes de su muerte se había unido á los federalistas convencido de que los antifederalistas ó separatistas de Jefferson habían de lle-

var la Unión á la ruina, acusaba á la Constitución de 1787 de monárquica y por esta sola cualidad le negaba su voto; Peyton Randolph el hombre elocuente que decidió á la asamblea de Virginia á adoptar la constitución; Lee, llamado el Cicerón americano, Bland pensador de primer orden; Pendleton cáustico orador, Wythe el amigo de Jefferson militaron en uno y otro campo, en el federalista y en el antifederalista (ó sea partidarios de la mayor autoridad de los Estados), pero siempre y sin vacilación estuvieron unidos para defender la idea republicana.

Y lo que se dice de la autocrática colonia de Virginia puede decirse de las otras colonias realistas.

En la Carolina del Sud, Rudledge, en quien se unía una elocuencia arrebatadora superior para muchos á la de Henry, á un carácter enérgico y activo, verdadero hombre de acción; Ramsay el infatigable defensor de los derechos de América y el más imparcial y recto historiador de la historia de la revolución, todos entusiastas republicanos.

Es la Carolina del Norte, es el condado de Mecklenburgo el que declaró primero su independencia, y en Nueva-York, Hamilton, el ayudante de campo de Washington, el infatigable escritor que en unión con Maddison y Jay redactó *El Federalista*, Hamilton que á la edad de 17 años defendió los derechos de América en un folleto que se atribuyó al hombre más ilustre de Nueva-York, á Jay, que fué luego el primer magistrado de la gran república, el autor del mensaje de la Convención de Anapolis que fundó la República americana, acusado de realista por ser el primero de los federalistas y cuyo nombre no puede separarse del lado de los de Washington y Franklin, Hamilton vencido y muerto por los anti-federalistas, se vengó de los que le habían acusado de querer establecer una monarquía en América arrancando con su desgraciado fin á Jefferson mismo la declaración «que de todos menos de Hamilton podía suponer que intentase establecer en América una monarquía.» Y no acabaríamos nunca de hablar de los hombres ilustres que las colonias realistas dieron en aquellos días á la causa republicana, pero no podemos pasar en silencio que el primer presidente del poder judicial de los Estados-Unidos, de esa admirable invención del genio americano que aquilató su sabiduría y su prudencia, era Jay el jefe del partido conservador de Nueva-York y el amigo de Washington.

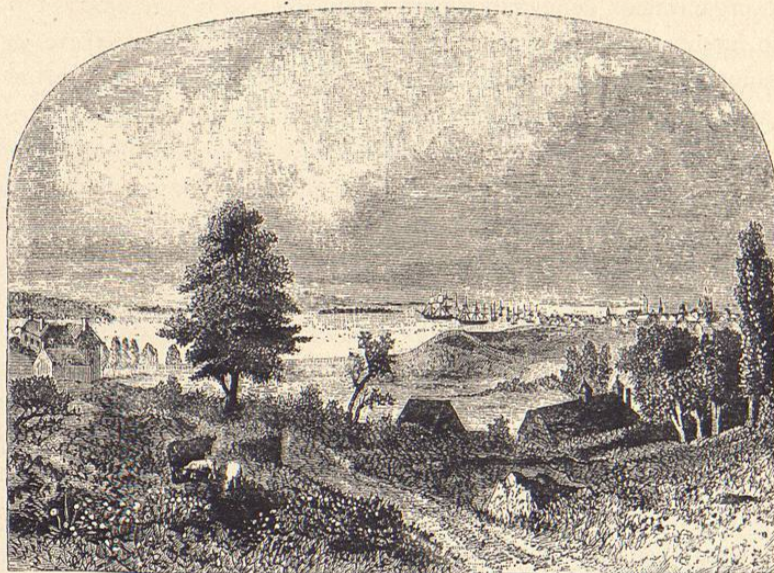
Parece ciertamente providencial este fenómeno de haber dado las colonias realistas á los más emi-



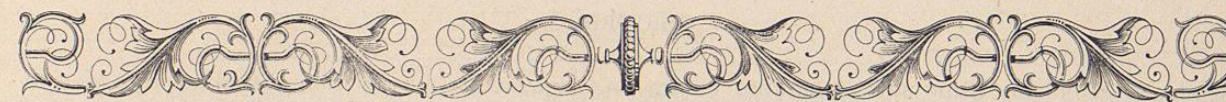
nentes defensores del principio democrático, pues sin rebajar á los Adams, á Hancock, y al santo Cooper de Massachussets que decía que la tiranía no sólo era opuesta á la libertad civil sino á la religiosa, á Franklin de Pennsylvania, á Wilson del Maine y á tantos otros, es indiscutible que los grandes oradores, los grandes políticos pertenecían á las colonias realistas, dándose este otro fenómeno que allí donde era más vivo el partido antifederalista, es decir, el que pretendía poner por encima de la autoridad de la federación la de los Estados, es de donde salieron los primeros de los federalistas, los verdaderos padres como hemos dicho antes de la idea americana; á las colonias realistas pertenecen como

hemos visto Washington, Hamilton, Maddison y Jay.

¿Qué es, pues, del espíritu realista de las colonias realistas, de ese espíritu turbulento, dictatorial, exagerado, intolerante, tiránico y orgullosamente soberano? Si no se refleja en los federalistas el espíritu de las colonias realistas, ¿es que desaparece con los *loyalistas* ó partidarios de Inglaterra? No, desgraciadamente; el espíritu del Sud, el espíritu realista se refugia en los que desde el primer momento levantan la bandera de la soberanía de los Estados contra la de la Nación, en los separatistas, en los que luégo y como arma de partido y de oposición á los federalistas á quienes acusaban de realistas, se dieron el nombre de republicanos.



Nueva-York en la época de la revolución



## CAPITULO III

### LA IDEA AMERICANA Y LA UNIDAD NACIONAL

Cómo procedían los americanos en su revolución.—Actitud de Henry en la asamblea de Filadelfia.—*Declaración de los derechos coloniales*.—Memorial al rey.—Manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña.—Manifiesto al pueblo de América.—Opinión de Lord Chatam sobre estos documentos.—Batalla de Lexington.—Segunda reunión de la asamblea de Filadelfia.—Nómbrase á Washington jefe de las fuerzas americanas.—Nuevo mensaje al rey y al pueblo de la Gran Bretaña.—Opinión de Guizot acerca del Congreso americano.—Opinión de Pittkin.—Contestación de Franklin á los comisionados de la Carolina del Norte.—Manifestación de las juntas de las colonias.—Disidencia entre las opiniones populares y las de los cuerpos oficiales.—Mecklemburgo se declara independiente.—Paine.—Comociones populares.—Declárase independiente la Carolina del Sud.—Los Estados van declarando su independencia.—El 8 de Junio de 1776.—El gran discurso de Lee.—Reunión de las asambleas de los Estados.—Discurso de Dickirson en la de Pennsylvania.—El 4 de Julio de 1776.—Declaración de la Independencia de América.—Estado de la situación.

**D**EREZOSA y lentamente procedieron los americanos á su organización política. Obraban de esta suerte, no sólo por prudencia sino por efecto de la indecisión general, por la carencia de un plan antes coordinado, por falta de resolución, teniendo antes del conflicto que llevar á cabo su autonomía, unión é independencia; y por falta de ideal político que conseguir, aunque por el sólo hecho de la ruptura, se despertara virtualmente de todos los americanos, pero á cuya resolución se oponían ya desde un principio los encontrados intereses y las antiguas rivalidades de las trece colonias. Presentían la gravedad del conflicto, lo que había de temerario en desafiar la fuerza y poderío de la Gran Bretaña, y la necesidad de una unión interina, no sólo para resistir y vencer sino para conservar, y de aquí que la gravedad del caso

tuviera á todos perplejos é indecisos, y que á lo menos aparentemente se les viera llegar al momento del rompimiento como arrastrados por la fatalidad ú obediencia á un oculto designio de la Providencia. Los ideólogos políticos de Europa no concebirán ni se explicarán nunca tan tardío y torcido modo de proceder. Sin embargo también tuvo América sus osadías, pues á la declaración general de independencia ya hemos dicho que se adelantó tal cual colonia de por sí, y en particular la ciudad de Mendon en Massachussets, siendo de notar que fueron sus principios los que luégo informaron la *Great Declaration* de las colonias.

Cuando la orden de cerrar el puerto de Boston llegó á América y convenció á las trece colonias de que Inglaterra no estaba dispuesta á ceder á sus justas resoluciones, no se levantaron las Juntas ó